

DEPARTAMENTO

DE

INVESTIGACIONES

CONSEJO NACIONAL DE LA

"CONAC"

# sobre el verbalismo ignorante

ANGEL RAMA

La carta de Oswaldo Barreto es el testimonio, franco, del verbalismo ignorante del cual creíamos que la izquierda ya se había desembarazado, vistos los cuantiosos perjuicios que le ha acarreado. Después de regañar al director y antes de meterse en torvas conspiraciones internacionales con motivo de la visita de Senghor, se arroja a la requisitoria, autodesignándose Fiscal Máximo de la Izquierda Venezolana, candorosamente convencido de que el tono imperativo y el ademán de barricada transforman por sí solos las meras opiniones o conversaciones de café en verdades o informaciones objetivas. Desenredar su confusionalismo mental parecería mera pérdida de tiempo, si no fuera que su violencia homicida le impide, simplemente, leer lo escrito.

Lo que decía mi artículo no importa: que me refiriera explícitamente a poesía y ensayo de Senghor y nunca a la política senegalesa, con la cual tengo obvias distancias; que dijera a texto expreso que ni disponía de espacio ni un suplemento literario era lugar para analizar un pensamiento político (que tampoco es lo mismo que una política); que señalara una y otra vez las conocidas limitaciones de la "negritud"; que citara varias posiciones críticas sobre un asunto infinitamente más complejo de lo que puede llegar a concebir Barreto, todo es nada para un mecanicismo apodictico que de antemano tiene condenados a los hombres que no pertenecen, no digamos a su Iglesia, sino a su establecimiento.

Revisemos algunos puntos.

## LA NEGRITUD DE LOS CONDENABLES NEGROS

Dije: "Sólo situándola en su momento y posibilidades, cuando no se habían echado las bases de la nacionalidad africana (aún hoy en dificultoso proceso) puede valorarse la positividad de esta doctrina" de la negritud. El movimiento de resurrección cultural negro que se inicia en Nueva York a comienzos del siglo (la obra de W.E.B. Du Bois) y remata en el París de los treinta con la teoría de la "negritud", enfrenta situaciones concretas que, parcialmente, no son las actuales gracias a él. Vió la sistemática denigración de las potencias intelectuales, morales y laborales de una raza, lo cual constituía desde los textos de 1855 de Gobineau (hay que no haberlo leído para asociar a Gobineau con la "negritud" como hace Barreto) la ideología encubridora de una rapaz dominación, la justificación del colonialismo y de la explotación económica.

La renca de los jefes de la independencia hispanoamericana, pudo llegar a informarse sobre las ideas marxistas. A lo cual cabe agregar que su amor a España llevó a Martí a predicar ese insólito que fue "la guerra sin odio", algo que desde Bolívar hasta Guevara nunca se vio en América Latina y apuntaba a la necesaria reconciliación futura con la antigua metrópoli, una vez quebrada la dependencia).

La indefinición de la "negritud" tiene que ver también con su acento ideologizante: más que una demostración es un sueño, más que una realidad un deseo, cosa que no puede sorprender entrando al capítulo de las ideologías. De allí procede el "mito África" que se debió en parte a negros no africanos (norteamericanos y antillanos) a la búsqueda de una identidad siempre burlada por sus dominadores, lo que depara tanto el culturalismo como el irracionalismo que anima tantos escritos literarios de James Baldwin a Aimé Césaire. No bien rozaron el poder, en la descolonización, la "negritud" se reveló insuficiente porque (Fanon dixit) "encontró su primer límite en los fenómenos que explican la historización de los hombres". Un ejemplo trágico fue la muerte de Jacques Stephan Alexis combatiendo a nombre de la negritud (y del comunismo) contra Duvalier que decía actuar a nombre de la negritud (y del fascismo). Otro, la melancólica frase de Richard Wright en *Pobre Negro*, después de su viaje a Ghana: "Yo era negro y ellos lo eran también: pero esto no me ayudó en nada".

Sus practicantes descubrieron que existían otras categorías que hasta el momento habían quedado subsumidas dentro de la negritud: ante todo las culturas, que revelaron a los negros norteamericanos que pertenecían a algo internalizado e irrenunciable, como la "cultura norteamericana", como les ocurrió a los antillanos y a los brasileños con la suya; las religiones, que fijaron rigurosas distancias; las clases sociales, que irrumpieron como sorpresivamente en este horizonte conlido; las lenguas impuestas, transmitiendo formas culturales, a las que no se podía renunciar: más grave aún, las tribulaciones subsistentes en África y que, por haber sido desmenuzadas durante la trata en América fueron las que contribuyeron (según han probado Herskovits y Bastide) a la creación de la "comunidad negra".

Ninguna de estas categorías sin embargo, disuelve íntegramente a la "negritud" pues ella corresponde a esa categoría -raza- que como la de nación operan en campos culturales abrazando en diversos grados a la religión, la clase, la tribu. No fueron previstas por el mecanicismo abstracto y reduccionista.

Como la mayoría de los dirigentes lúcidos del africanismo están filiados de una manera u otra en el socialismo y como en éste se encuentra cuestionado el concepto de "nación" al cual debieron hacer frente, es útil verlos debatir ese concepto que originariamente perteneció al pensamiento contrarrevolucionario (Herder, Hamann, Burke, etc.) y al irracionalismo alemán. Senghor enseña: "Marx ha subestimado el idealismo político y nacional que, nacido en Francia con la Revolución de 1789, ha ganado al mundo reforzando a la misma Francia. Justicia, humanidad, libertad, igualdad, fraternidad, independencia - escribe Marx - esas categorías más o menos morales, que sueñan tan bien pero que, dentro de las cuestiones históricas y políticas, no prueban nada". Como habéis oído: independencia. Si el fundador del socialismo científico volviera al mundo percibiría, con estupor, que esas "quimeras" como las llama, y primero la nación, sus realidades vivas del siglo XX". La afirmación nacionalista es más decidida en Fanon, filiado en el marxismo-leninismo. Comienza por reconocer la muerte del mito "nación africana" para avizorar entonces la eventualidad de múltiples "naciones" dentro de África a las que considera la correcta solución, un poco a la inversa de la proposición unitaria bolivariana. Su razonamiento es realista, pero desde que se reconoce la legitimidad de la "nación", es posible prever los fatales conflictos futuros de acuerdo a un patrón universal que, a la altura en que él escribía no podía atribuirse simplemente al capitalismo porque ya había fundado dentro del socialismo. El propio Fanon reseña las cacerías de negros africanos extranjeros hechas por otros negros en sus respectivas "naciones". Como esas esquivas nacionalidades vienen marcadas por el periodo colonialista, Fanon comprende entonces lo que fue la América Latina del siglo XIX: "Ahora sabemos que esa caricatura del fascismo que ha triunfado durante medio siglo en América Latina es el resultado dialéctico del estado semi-colonial de la etapa de independencia".

Debe reconocerse que la constitución del "estado-nación" se está haciendo en condiciones que no son las examinadas por Gramsci, pues el minuto de la independencia fue el del reparto entre las potencias acaechantes. Vista la increíble fragilidad en que los colonizadores dejaron a sus posesiones, la pregunta obvia era sobre quién se beneficiaría de su independencia, quién se encargaría de sujetarlas a un nuevo (o al mismo) yugo imperial, ya no político o militar sino, como en nuestro XIX, financiero y económico.

Como la mayoría de los dirigentes lúcidos del africanismo están filiados de una manera u otra en el socialismo y como en éste se encuentra cuestionado el concepto de "nación" al cual debieron hacer frente, es útil verlos debatir ese concepto que originariamente perteneció al pensamiento contrarrevolucionario (Herder, Hamann, Burke, etc.) y al irracionalismo alemán. Senghor enseña: "Marx ha subestimado el idealismo político y nacional que, nacido en Francia con la Revolución de 1789, ha ganado al mundo reforzando a la misma Francia. Justicia, humanidad, libertad, igualdad, fraternidad, independencia - escribe Marx - esas categorías más o menos morales, que sueñan tan bien pero que, dentro de las cuestiones históricas y políticas, no prueban nada". Como habéis oído: independencia. Si el fundador del socialismo científico volviera al mundo percibiría, con estupor, que esas "quimeras" como las llama, y primero la nación, sus realidades vivas del siglo XX". La afirmación nacionalista es más decidida en Fanon, filiado en el marxismo-leninismo. Comienza por reconocer la muerte del mito "nación africana" para avizorar entonces la eventualidad de múltiples "naciones" dentro de África a las que considera la correcta solución, un poco a la inversa de la proposición unitaria bolivariana. Su razonamiento es realista, pero desde que se reconoce la legitimidad de la "nación", es posible prever los fatales conflictos futuros de acuerdo a un patrón universal que, a la altura en que él escribía no podía atribuirse simplemente al capitalismo porque ya había fundado dentro del socialismo. El propio Fanon reseña las cacerías de negros africanos extranjeros hechas por otros negros en sus respectivas "naciones". Como esas esquivas nacionalidades vienen marcadas por el periodo colonialista, Fanon comprende entonces lo que fue la América Latina del siglo XIX: "Ahora sabemos que esa caricatura del fascismo que ha triunfado durante medio siglo en América Latina es el resultado dialéctico del estado semi-colonial de la etapa de independencia".

Debe reconocerse que la constitución del "estado-nación" se está haciendo en condiciones que no son las examinadas por Gramsci, pues el minuto de la independencia fue el del reparto entre las potencias acaechantes. Vista la increíble fragilidad en que los colonizadores dejaron a sus posesiones, la pregunta obvia era sobre quién se beneficiaría de su independencia, quién se encargaría de sujetarlas a un nuevo (o al mismo) yugo imperial, ya no político o militar sino, como en nuestro XIX, financiero y económico.

Carezo de cualquier atadura con el régimen del Senegal de Senghor como con el de la Alemania de Willy Brandt y ni los propondría como modelo, vistas mis ideas políticas. Puedo suscribir tranquilamente las críticas de Barreto y otras más (aunque menos las muy verbosas del libro de Jean-Pierre Ndiaye *La Juventud africana frente al imperialismo*, 1971) aunque seguramente él no podrá, dada su visión esquemática en blanco y negro, suscribir las críticas que puedo formular a otros bandos, socialistas incluidos, sin tener que esperar humildemente a que sus jefes de la hora las formulen como autocritica para aprobarlas domesticadamente. También conozco la frialdad de estas frenéticas "tomas de posición" aunque reconozco su utilidad para mostrar aplomo en el café.

Puedo apreciar el sistema político senegalés en sus defectos como en sus virtudes, viéndolos dentro del contexto histórico y en las circunstancias concretas del país y de África Occidental. Responde a un pensamiento político articulado (cosa bastante rara en los gobernantes de turno de varios países negro-africanos) que partió del pensamiento de Marx en la vertiente de la II Internacional evolucionando hacia las formas de la social-democracia como los alemanes a las cuales Senghor adhirió de modo muy discutible la concepción religioso-progresista de Teilhard de Chardin. Se sustenta en la peculiar estructura social senegalesa que aunque de dominante rural ha desarrollado una estimable clase media, en la alta dotación de cuadros profesionales, en una economía mixta menos estancada,

Reconociendo que solo las armas ven- cen a las armas, no ha dejado de obser- var Marx que, previamente a las ideas sólo las derrotan las ideas; la consigna de la "negritud" cumplió esa tarea, devolvió la confianza en sí a una raza, no sólo por la recuperación del glorioso pasado, sino por la afirmación presente de sus potencialidades. Una operación intel- lectual cabalmente revolucionaria que si bien contó con ayuda de algunos blancos, fue llevada a cabo por la redu- cida élite intelectual negra que adoptó una posición beligerante y conformó los cuadros de la transformación descoloni- zadora.

La fórmula "racismo antirracista" que utilizó Sartre en su "Orfeo negro" evidenciaba su legitimidad, por- que fue la "negritud" la que forzaba a los blancos a reconocer que ellos no eran la "humanidad" como afirmaban, sino simplemente la "blanquitud", una parte de esa "humanidad" a la que re- clamaban acceso los negros, en una ju- gada similar a la que recientemente viene cumpliendo el indigenismo y el feminismo. Así lo comprendió Frantz Fanon, afirmando en *Los condenados de la tierra* (1961): "El concepto de la "ne- gritud" es la antítesis efectiva si no ló- gica de ese insulto que el hombre blanco hacia a la humanidad. Esa negritud opuesta al desprecio del blanco se ha revelado en ciertos sectores como la única capaz de suprimir prohibiciones y maldiciones". En su momento fue censurada por los socialistas, quienes aplicaban la cuadrícula de las clases sociales en forma mecánica. Pero eran blancos y poco sabían de la vivencia hu- millada de la raza que atestiguara cen- tares de textos negros, sin contar que si la persecución la capitaneaban los po- deres, de ella participaron concreta- mente los proletarios blancos.

Es la circunstancia histórica la que determina la ideología de un movimien- to social emergente y eso era también el de los negros, condenados dentro de la estructura socio-económica mundial. Para seguir citando "textos sagrados", Marx observó que toda nueva clase en su período de ascenso, se reviste de universalismo: la doctrina burguesa del XVIII que conduce a la toma del poder en el XIX o la proletaria de ese siglo respecto a sus triunfos en el XX. Pero aun más cerca, basta con recordar las doctrinas revolucionarias que nos dieron la independencia, donde cabía el negro, el indio, el campesino, el margina- do, junto al burgués que no bien llegado al poder les cerraría la puerta. Como esas doctrinas, en ese concreto período histórico, la "negritud" es universalista y abstracta, y tan vasta como indefi- nida ("un saco donde casi todo cabe" dije) fijándose el punto de convergen- cia más amplio para que cupieran todos los dispuestos a la lucha, representando todas las demandas y rehusándose a los distinguos internos (religiosos, cultura- les, clasistas, artísticos, etc.) porque era la hora de la unión y del acopio de fuerzas. Es la actitud de los dirigentes responsables cuando encaran la "bata- lla temerosa" y no podía ser diferente la de Martí cuando encaraba la constitu- ción independiente de la nacionalidad (Sobre el punto disponemos de toda la información: la colección completa de los escritos en *Patria*, la corresponden- cia del período revolucionario y hasta la discordancia con la teoría de las cla- ses aplicada a América, pues él, a dife-

clase, la tribu. No fueron previstas por el pensamiento abstracto y universalista de la doctrina burguesa del XVIII o la proletaria del XIX pero aunque no estén en el papel, mientras no se disuel- van y sigan en la realidad cotidiana, deberemos atenderlas, lo que apunta a la larga supervivencia de situaciones en que seguirá funcionando la "negritud". Pero además, la conciencia de ella renace toda vez que el comportamiento de las distintas clases la convoca, o el comportamiento de las naciones poderosas respecto a las marginales dado que, reiterando un famoso razonamien- to de González Prada, estas últimas son objeto de explotación por las primeras, y eso aun dentro del espíritu socialista. Es pintoresco releer a los socialistas in- gleses del XIX (Goodwin, Morris, Bellamy) y al disfrutar de sus bellas uto- pías observar que no se enteraron de que vivían en el corazón de un Imperio que se beneficiaban indirectamente del colonialismo. Senghor hace una com- probación similar actualizada: "Los proletarios de Europa se han beneficia- do del régimen colonial; jamás se le opusieron realmente, es decir, eficaz- mente". Y en la *Carta a Maurice Thorez* con que Aimé Césaire sale del partido comunista, se le reprocha a los co- munistas haber convalidado la política colonialista actuando al servicio de los intereses de Francia y no del proleta- riat universal, del mismo modo que Fanon lo ha dicho para los socialistas franceses respecto a la guerra de Ar- gel.

Es una contradicción que se conoció patentemente en el XIX pero que ha vuelto a repetirse en el XX y que es mejor verla, a pesar de lo que dicen en con- tra los manualitos, porque la realidad siempre es mejor maestra.

#### OTRA PERVERSION: LOS NACIONALISMOS

Junto a los pavorosos problemas económicos, sociales y políticos, lo que encontraron los países negro-africanos de la posguerra fue una de las más con- flictivas situaciones del principio de "nación". (No puedo extenderme sobre el primer punto, pero hay que tener pre- sente su gravedad para comprender muchas cosas, tal como ha sido descrito por René Dumont en *L'Afrique Noire Est mal parti* y recientemente por un experto de la FAO, Anton de Vos, *Africa, the Debastated Continent*, 1975).

Parece innecesario recordar que los imperios se habían repartido África co- mo un pastel, contando por donde pudie- ron sin considerar la existencia de esta- dos, culturas, tribus, creando esa locura de fronteras artificiales que asegura décadas de guerras (Ogaden, hoy) co- mo en la Europa de las nacionalidades. En cien años de dominación nada hicie- ron para favorecer la integración y al contrario exacerbaban las divisiones. Dejaron una situación... cien veces más grave que la que conoció América Latina en su momento y colocaron a la imperie la formación, imprescindible, del estado-nación. Un dirigente senegalés, Mamadou-Dia comprueba que no sólo fracasaron los proyectos federa- tivos para crear macrounidades sino que también se desintegraban las exis- tencias por el tribalismo, al cual se de- bieron guerras, como la implacable de Biafra cuando el tribalismo se agravó al incorporarse a una estratificación so- cial.

son pocas las "naciones" que han lo- grado constituirse ya (¿cuánto le llevó a América?) y no faltaron dirigentes honestos, procedentes del marxismo, que se interrogaron sobre la oportuni- dad de esa "quimera" llamada inde- pendencia. Reprochar a Aimé Césaire que haya elegido la departamentaliza- ción en vez de la independencia, en el plebiscito de 1946, es ante todo un buen ejemplo del idealismo pequeño-burgués que subyace a tantos inflamados revo- lucionarios y les lleva a creer que un hombre solo, por su cuenta, resuelve los problemas de una sociedad y por lo tanto es pasible de juicio "moral", no "so- cial". Barreto no sabe que en su época la izquierda se opuso a la independen- cia y así lo asumió el comunista Césaire, porque supesó dos preguntas centra- les: "¿El pueblo de Martinique y Gua- deloupe estaba dispuesto en 1946 a acom- meter la independencia? y, en 1946, con la Europa desangrada y el maras- mo latinoamericano, ¿quién establecería su protectorado sobre dos islas del Caribe? Es patente que la departamen- talización no ha solucionado los proble- mas de ambas islas, ¿pero no conven- dría examinar con alguna seriedad la situación de muchas islas antillanas, "a la escala de las dimensiones de la eco- nomía moderna o de su población" co- mo propone Jack Corzani y en vez de enabolar tabúes preguntarse qué quiere decir la "independencia" de Antigua o Aruba? En la revista *Tropiques* de Cé- saire, así como en los trabajos de Edouard Glissant, se puede seguir un pensamiento más responsable que va echando las bases de la "antillanidad" en la tradición de Martí y de Betances y un poco a imagen de la década africana desesperadamente ansiosa de recons- truir los grandes conglomerados nacio- nales.

Las ideas pasan, las naciones quedan, solía decir al maestro Carlos Qui- jano, convicción difícil para el pensa- miento socialista ortodoxo — a pesar de los textos de Stalin y de la "guerra patria" o del "patria o muerte" — pero de facto debió reconocerse, cuando la rup- tura de los dos gigantes (URSS y China) corroboró la fuerza de ese "Volksgeist" detectado por Herder. Automáticamente, la identificación entre socialismo y estado-nación soviético comenzó a disolverse, tanto por la pluralidad de so- luciones nacionales a la misma doctri- na socialista que empezaron a verse, como porque cuesta justificar la ayuda militar a Idi Amin a nombre del socia- lismo, o la sucesiva ayuda al socialismo somalí y al etíope de la actualidad. Estas situaciones resultan más compren- sibles a la luz de los intereses de la "na- ción" y no del "socialismo". Se puede intentar un recambio modernizado, identificando socialismo con China, o Cuba, o Yugoslavia, pero no hay duda de que siempre será más sensato identi- ficarlo con la correcta solución de los problemas nacionales, atendiendo a sus características idiosincráticas. Aten- der a la realidad del propio país, de sus necesidades y sus posibilidades de transformación, trabajando con fervor en esa vía.

#### SENEGAL: HE AHI EL ENEMIGO

Desde el momento que hay "estados nacionales" los veremos funcionar atendiendo a intereses propios. Tal co-

dotación de cuadros profesionales, en una economía más menos establecida de lo que gustan afirmar sus dirigentes y estatuyó un sistema político de demo- cracia burguesa, con limitaciones ma- yores que en Europa. La capacidad de esta estructura para permitir el funcio- namiento económico y político de la sociedad le confirió esa estabilidad que hace lo excepcional del Senegal dentro del panorama de vecinos de la tantas veces reclamada Federación del Mali. En otros parámetros, evoca en nuestra América Latina de la Descolonización, la solución chilena del XIX.

Todo esto puede entenderse y soportarse. Lo que no hay modo de entender es el ataque frenético al Senegal y Senghor en nombre del doctrinamismo ab- stracto, con voluntario olvido de la realidad africana de hoy. ¿Es otra vez el espíritu catastrofista que sin atender a las posibilidades reales procura el em- peoramiento apostando a la futuridad? ¿O el mecanicismo que no puede aceptar la pluralidad de caminos que hoy caracterizan tanto al campo socialista como al capitalista? Nadie puede ignorar la situación que ocupa Senegal dentro del abanico africano: no es Argelia, desde luego, pero no es tampoco el racismo de África del Sur, ni la dictadura del Zaire abierta a la rapina, ni la aberración de Idi Amin a quien difícilmente las armas soviéticas podrán cristia- nar. Para Barreto el peligro es la so- cialdemocracia del Senegal: he ahí el enemigo, ruge. Algo así como si en Centro América, el enemigo fuera Costa Rica y no la Nicaragua de Somoza; o en América del Sur, Venezuela y no el Chile de Pinochet.

Tal visión atestigua la persistencia de ese irrealismo terrorista que en el pasado embriagó a la burguesía ilustrada con la sensación de inminencia del poder, ahorrándole estudiar, persuadir, educar, trabajar con el pueblo para que fuera él quien protagonizara la historia y transformara la sociedad. Como una buena ducha para tratar de ver con objetividad y, sobre todo, con eficacia, las operaciones que se cumplen en África actualmente, aconsejaría leer el volu- men *Africa and the Communist World* (1963) sobre todo porque quien lo pre- paró se llama Zbigniew Brzezinski y es hoy el artífice de la nueva política norteamericana para enfrentar a los sovié- ticos en África.

Pero quizás toda esta larga explica- ción, resulte vana. Habría otras moti- vaciones al artículo de Barreto. Visto que en cualquier momento hubiera podido reunir en almacigo sus pensamien- tos africanos; visto que, la visita de Senghor era propicia para que, por su cuenta y sin tener que apoyarse en mi artículo, enfrentara con su acostum- brado arrojo al enemigo; visto que ella dio lugar a una veintena de artículos, algunos de figuras políticas encumbradas, que ofrecía más clara ocasión al debate político, sin que ni chistara, po- dría concluirse que lo que parece mo- verlo es la violencia del jefe (que ya Sartre analizó) y el deseo del ataque personal. Contribuyendo de paso a la campaña xenófoba que se orquesta en algunos bebederos públicos con penos irrespeto para el país, la cual es, como se sabe, de las más pujantes tareas re- volucionarias que con sacrificio llevan adelante algunos valientes izquierdistas. Buen asunto a meditar a la luz de que lo que se trata en este artículo.